

El Seudónimo en Colombia

Por Roberto M. Tisnés J., C.M.F.

Casualmente trato el tema de los seudónimos colombianos. Siempre he dicho y escrito que todo libro tiene su historia, su biografía. Y ahora añadiría que también la tienen los simples artículos y ensayos.

La del presente es muy llana.

Repasando una de nuestras revistas del pasado siglo **El Museo Literario**, dedicada a la mujer, hallé en sus páginas 130-140 la que creo primera lista de seudónimos colombianos. Está firmada por **Saint-Amour** seudónimo correspondiente al castizo y ameno escritor Dr. Juan Francisco Ortiz, hermano del ilustre José Joaquín, cantor de la Bandera colombiana.

Tal hallazgo me hizo recordar que en los prólogos de la obra **Seudónimos Colombianos** nada se decía sobre esta primera investigación seudonomística, y que en consecuencia, había sido desconocido por los doctores Guillermo Hernández de Alba y Rubén Pérez Ortiz. Y decidí dar a conocer el artículo de **Saint-Amour** y recabar para él la primacía —bastante antigua por cierto— en el trato de un tema, que es realmente simpático e interesante.

Y baste lo anterior como microbiografía del presente ensayo.

I. - Tema simpático e interesante

Lo es, sin duda, el de los seudónimos a escala nacional y mundial, ya desde sus más remotos inicios.

Y daría tema para una apasionante investigación sociológica y psicológica, investigar la causa, el motivo, la razón por la que se principió a utilizar nombres falsos, a ocultar el propio nombre, bien en un artículo, bien en un libro.

Complejo, timidez, arrogancia, ligereza, presunción, humildad, orgullo, deseo en fin de pasar desapercibido, interesar a los lectores o reírse y aprovecharse de ellos?

No creo difícil que de todo ello pueda existir en la utilización del seudónimo por parte de los escritores de aquí y de allá, en Colombia y fuera de ella, y esto desde la más remota antigüedad.

Por qué, ejempligracia, Leo Lespés, redactor del **Petit Journal** de París, utilizó el seudónimo **Thimothée Trimm**? Por qué el célebre escritor y periodista español Mariano José de Larra ocultó su nombre bajo el de **Fígaro**?

Y por qué el célebre historiador hispano Don Modesto Lafuente utilizó el de **Fray Gerundio de los Carabancheles**?

Y así de innumerables nombres ocultadores, como lo son en realidad los seudónimos.

De lo cual podemos deducir que el presente tema, daría para muchas y muy sabrosas páginas. Y ojalá que más doctas y avezadas plumas le dedicaran cuidadosa investigación y brindaran a quienes de propósito o casualmente nos hemos aventurado por estos campos, los resultados seguramente apasionantes que obtuvieran de sus fatigas investigadoras.

También la anécdota podría tener lugar en un tratado histórico sobre el seudónimo.

En gracia a la brevedad, tan sólo vamos a recordar tres, citadas por Don Vicente Vega en su **Diccionario Ilustrado de Anécdotas** (Editorial Gus avo Gili S. A. Barcelona, 1957).

Fray Juan Antonio de Olabarrieta fue un fraile muy mal avenido con la religión, hombre inquieto y turbulento, que colgó los hábitos y tomó parte activísima en las luchas políticas de España cuando las Cortes de Cádiz y primeros años del reinado de Fernando VII. Adoptó el seudónimo de "José Joaquín de Clara Rosa", y el origen del mismo vale por una anécdota.

Parece ser que nuestro hombre casó en América con dos mujeres y en Portugal con otras dos, y con los nombres de las cuatro: Josefa, Joaquina, Clara y Rosa, tomó el seudónimo que le hizo hasta cierto punto famoso.

El periodista Carlos Olivera, en **El Día de La Plata**, lucía su ingenio, un tanto paradójico, en la sección de sueltos sobre motivos de actualidad, que firmaba con el seudónimo de "Alma-viva". Chocáronle algunas de sus ideas al poeta Pedro Palacios, que le salió al encuentro en otro diario platense.

—Ya verá si puede conmigo, decía bromeando; firmaré "Alma-fuerte".

Y adoptó para siempre el seudónimo que no tardó en hacerse famoso, primero en la Argentina y a poco en todos los países de habla española.

Se han dado en España varios casos curiosos en materia de seudónimos literarios: escritores que firmaban con su nombre, y a continuación, el seudónimo adoptado. Cómo no comprendían que el seudónimo dejaba de ser al emplearlo de esta forma? Por ejemplo: Emilio Bobadilla (1868-1921), que añadía a su nombre "Fray Candil", y su contemporáneo José López Pinillos que agregaba "Parmeno". Y citamos preferentemente a estos dos por tratarse de buenos escritores.

Cierto es que el caso de López Pinillos tiene una relativa explicación por haber comenzado a distinguirse en el cultivo de las letras como crítico turino. Los revisteros de toros, al parecer, se consideraban con derecho a tener un alias, como los toreros, viniendo a ser más co-

nocidos por el apodo que por su propio nombre, apodo que luego, en caso de superación literaria, convirtieron enseudónimo.

El chispeante escritor y periodista Aureliano López Becerra, de nuestros días, ha firmado algunos de sus libros con su nombre, los dos apellidos y dosseudónimos: **Asteriscos** y **Desperdicios**. Se explica porque con ambos había conquistado gran popularidad en Bilbao, en las páginas de **La Gaceta del Norte**, firmanlo indistintamente con uno y otro de esosseudónimos croniquillas muy entretenidas e intencionadas.

Ignoro la calidad y cantidad de investigaciones sobre este tema. Pero me atrevo a pensar que son pocos, no ya en Colombia sino también en otros países. Lo cual resultaría para el investigador algo así como un tema inexplorado e inexplorado, con el consiguiente casi seguro éxito en su labor.

II. - **Precisando conceptos**

Y ante todo, es necesario precisar conceptos para no confundir el significado de las palabras, ni atribuir a unas el significado de otras.

Seudónimo, según el Diccionario de la Real Academia Española, por su origen griego significa **nombre falso**, y se aplica o se dice "del autor que oculta con un nombre falso el suyo verdadero".

En la 2ª acepción, se aplica también "a la obra de este autor".

Y en la 3ª significa "nombre empleado por el autor en vez del suyo verdadero".

Por tanto, podemos concluir que cualquier nombre que no sea el del autor empleado para firmar un escrito, viene a ser en realidad unseudónimo, porque no es el propio y verdadero.

A las veces y de manera no infrecuente, se otorga el mismo valor y significado del adjetivoseudónimo al anagrama, al anónimo, a las letras iniciales y a simples signos. Pero, en realidad, como se va a ver con base en el diccionario, son palabras totalmente distintas.

Anagrama es la "transposición de las letras de una palabra o sentencia, de que resulta otra palabra o sentencia distinta". Y en su 2ª acepción: "Palabra o sentencia que resulta de esta transposición de letras: como de **amor Roma**, o viceversa".

El adjetivo **anónimo** se refiere a "la obra o escrito que no lleva el nombre de su autor". Y en su segunda acepción se aplica igualmente al "autor cuyo nombre no es conocido".

Según las anteriores definiciones, tendría que ver con elseudónimo el **anagrama**, al configurar éste un nombre falso, que no es el nombre propio del autor. Mas la obra anónima siempre lo será, y nada tendrá que ver con otra firmada con unseudónimo.

Qué decir de las letras iniciales del apellido, o letras invertidas, o letras falsas?

Si se admite que las tales forman un nombre al menos por su valor fonético, podrían tener valor deseudónimos, aunque tengo para mí que en realidad no lo son. Pero por lo general, son admitidas como tales.

Y los signos? Tampoco constituyenseudónimo a mi modo de ver, con base en el diccionario de la Academia. Sí en la común acepta-

ción. Por lo que creo sería necesaria por parte de la Academia una ampliación del significado del adjetivo **seudónimo**.

Finalmente: **Seudonimia**, según Salvá es la "costumbre de disfrazar su nombre tomando un seudónimo, especialmente tratándose de publicistas que quieren figurar irresponsables" (1).

Creo que podría significar igualmente algo así como tratado del seudónimo.

III. - El seudónimo en la historia

El seudónimo existió antes del siglo XV, aunque su generalización tiene lugar después de la invención de la imprenta.

Así, el nombre **Fedro** del fabulista latino, parece un seudónimo correspondiente quizá al escritor **Polibio**. De ser así, sería muy probablemente el primer seudónimo utilizado.

Inicialmente, máxime durante la Edad Media, los autores helinizaron o latinizaron sus nombres y apellidos. Así **Scaligero** (César de la Escala), **Silvius** (Lebois).

De manera no infrecuente, el título de un periódico u obra ha sido conservado como seudónimo del director o autor. Tal el caso de **El Pensador Mejicano** correspondiente a Fernández Lizardi y **El Pobrecito Hablador**, del periodista Mariano de Larra.

Como también el cargo desempeñado por su autor, como en el caso de **El Arcipreste de Hita** (Juan Ruiz), y **El Arcipreste de Talavera** (Martínez de Toledo).

Tal llega a ser el poderío del seudónimo que no infrecuente-mente llega a opacar y a hacer olvidar el propio y verdadero nombre. Díganlo si no **Azorín** (José Martínez Ruiz), **Alejandro Casona** (Alejandro Rodríguez) y **Anatole France** (Jacques Anatole Thibault), **Voltaire** (Jean Francois Marie Arouet), **Stendhal** (Henry Beyle), **George Sand** (Aurora Dupin), **Boz** (Charles Dickens), **George Elliot** (Mary Ann Evans Cross), **Melmoth** (Oscar Wilde), **Mark Twain** (Samuel Langhorne Clemens), **Tirso de Molina** (Fr. Gabriel Téllez), **Fernán Caballero** (Cecilia Bohl de Fáber), **D'Annunzio** (Gaetano Raspagnneta). Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Lo curioso es que el seudónimo no solamente ha sido utilizado en la literatura, sino también en las tablas, en la política y en la tauro- maquia.

Así, multitud de actores, cantantes y bailarines lo han adoptado y han llegado a ser con él asaz famosos. Díganlo, si no, **Lola Montez** (María Dolores Gilbert), **Greta Garbo** (Greta Gustaffson), y **Dolores del Río** (Dolores Asúnsolo).

En cuanto a políticos, parece que se inició la costumbre en la Rusia de los Zares en los comienzos de la Revolución y quizá por ello mismo, al tratar los revolucionarios de esconder su verdadero nombre para poder actuar más libremente. **León Trosky** (Leib Bronstein), Ni-

1) — *Suplemento al Diccionario de la Lengua Castellana*, adicionado por Vicente Salvá. Librería de Garnier Hermanos, París, 1854.

kolai Lenin (Vladimir Ulyanov) y **José Stalin** (Iosif Azhugashvili) son tres casos mundialmente conocidos.

Y por fin, hasta los toreros: **Chicuelo** (Manuel Jiménez), **Joselito** (José Gómez de Ortega), **El Gallo** (Rafael Gómez), **Manolete** (Manuel Rodríguez) y **El Cordobés** (Manuel Benítez), son de igual manera famosos dentro y fuera del mundo de los toros.

Cuál sea, si no la importancia, sí la utilidad del seudónimo, lo da a entender el hecho de que en la Francia de finales del siglo XIX, un seudónimo llegó a señalar no ya a un escritor, poeta o periodista, sino a todo un conjunto de ellos, máxime en lo relativo a la redacción o redactores de un periódico o revista. Tal el caso de los seudónimos **Léo de Baernard** y **Maxime Vauvert** (cuerpo de redacción de *Le Monde Illustrée*), **Camus** (de *Journal des Débats*), **Lhôte** (del *Moniteur Universel*) y **Fr. de Lagenevais** (de la *Revue des Deux-Mondes*).

Volviendo a la historia del seudónimo y a las causas de su uso y adopción, escribe así un colaborador de la *Enciclopedia Espasa*: “En los hombres de letras, dice un escritor contemporáneo, la adopción del seudónimo ha obedecido a la necesidad de lograr una eufonía fácil de persistir en la memoria del público, memoria que une a su condición olvidadiza la de ser constantemente solicitada por una milenaria legión. Hay seudónimos que delatan un carácter. No es aventurado establecer conjeturas inductivas con los seudónimos pomposos, de sonoridades graves; acerca de los compuestos con fantásticos títulos nobiliarios; acerca de esos otros formados por un nombre y un apellido de insuperable vulgaridad amañados con hipocresía. Hay también seudónimos reveladores de admiración: tales los sacados de libros o hechos con los nombres de sus autores.

Y hay, por último, escritores que deforman sus nombres ligeramente, como algunas veces quisiéramos reformar a una mujer a la que le sobra o falta algo muy pequeño para ser bella.

No siempre los inconformes con sus nombres logran relegarlos a un olvido perfecto. A veces sus talentos los traicionan y esa fiscalización ejercida por la multitud sobre los hombres notables descubre ese descontento o ese deseo de dar facilidades al terrible verbo llegar... A diario leemos en periódicos y revistas seudónimos tan sencillos, que no pensamos pudiesen ser hijos de una voluntad descontenta, decidida a escoger” (2).

Lo cual quiere decir que el presente tema, daría para un interesante estudio psicológico.

Volviendo al tema de la que llamaríamos filosofía del seudónimo, es necesario recordar que no pocas veces ha sido adoptado por periodistas y escritores en el campo político y polémico, cuando por su medio, se han lanzado campañas y ataques violentos, acusaciones o diatribas que resultaban casi imposibles de firmar con el verdadero nombre.

2) — *Enciclopedia Espasa*. Espasa Calpe S. A. Madrid, 1927, tomo 55, p. 760, col. 1^a.

Ni qué decir tiene, para finalizar este párrafo, que las causas de adopción de un seudónimo son, no raramente, sin sentido y caprichosas, con finalidad netamente propagandística y de popularidad, que a las veces alcanza resultado y no pocas ha llevado a sus autores al fracaso.

IV. - El seudónimo en Colombia. - Juan Francisco Ortiz

Me atrevo a pensar que el primero que habló sobre seudónimos colombianos fue el Dr. Juan Francisco Ortiz (1808-1875) en sus deliciosas e interesantes **Reminiscencias**.

Nacido en Bogotá dos años antes del 20 de julio de 1810, va a ser uno de los más prolíficos escritores de la pasada centuria, como lo recuerda Don José Manuel Marroquín en el prólogo a dicha obra: "Apenas se hallará revista, escrito, o periódico literario de los publicados en Bogotá desde 1840, o tal vez desde algunos años antes, hasta 1875, que no contenga algunas producciones del Dr. Juan Francisco Ortiz, ya en prosa, ya en verso" (3).

Pues bien: tengo para mí que Ortiz fue de los primeros que en su libro trataron el tema que nos ocupa. Así lo verifica en varias ocasiones.

"En 1849 apareció en el **Neogranadino**, escribe, un artículo con el seudónimo de **Abel**, escrito por sujeto residente hoy en el Perú, donde está redactando **El Sol de Piura**, y me apresuré a contestarlo, poniendo a mi respuesta por epígrafe la siguiente redondilla de Bretón de los Herreros:

No temas que yo te arguya,
que es la tuya en mi opinión
extraña preocupación,
mas la respeto por tuya".

De sí mismo dice: "El general Melo había fundado en 1852 un periódico para defender al ejército: se llamaba **El Orden**, y su redactor principal era Posada (Joaquín Pablo). Escribí en él algunos artículos, bajo el seudónimo de **El Sabanero**, a que alude Posada en sus décimas de felicitación".

Y un poco más adelante: "Dí a luz en **El Porvenir** una serie de artículos de costumbres, originales unos, refundidos otros, y firmados todos, no ya con el seudónimo de **El Tío Santiago** o de **El Sabanero**, sino con tres **W**; y me divertí largamente escribiendo las **Cartas a Piquillo y de Piquillo**. Suponía que en el Congreso había un diputado llamado Piquillo, tipo de todos los absurdos parlamentarios...".

3) — *Reminiscencias de Don Juan Francisco Ortiz*. (Opúsculo autobiográfico, 1808 a 1861). Con prólogo de Don J. Manuel Marroquín. Librería Americana. Bogotá, 1907, p. XXVII. Existe 2ª edición del año 1914 y 3ª de 1946 de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Se refiere, finalmente, a José Joaquín su hermano: "José Joaquín dió a luz en **La Guirnalda** varias de sus composiciones bajo el seudónimo de **José Nigreros...**" (4).

No quiere decir lo anterior que ningún otro escritor colombiano escribiera sobre seudónimos antes de Ortiz. Posiblemente algunos otros lo verificaron. Dejo esta inquietud a posteriores tratadistas sobre el seudónimo en Colombia.

Nada raro en consecuencia que el Dr. Juan Francisco proporcionara a sus lectores en 1871, exactamente el 1º de mayo, y en la Revista **Museo Literario**, una colección de seudónimos colombianos.

Ni Otero Muñoz ni Pérez Ortiz aluden a este primer ensayo de seudonimia, por lo que me parece justo trasladar íntegramente a estas páginas el mencionado artículo.

"Seudónimos: En los tiempos antiguos eran desconocidos estos falsos nombres, con que los modernos se cubren ahora la cara.

Un famoso orador, Marco Tulio, fue llamado **Cicerón** por sus compatriotas, a causa de una berruga que tenía en el rostro, a manera de garbanzo, **cicer**.

Cervantes decía que él no había hecho más que traducir del arábigo la historia del Ingenioso Hidalgo, compuesta por Cide (Señor) Hamete Benengeli.

En el Barbero de Sevilla, ópera de Beaumarchais, con música de Rossini, hay un celeberrimo personaje que canta: "Fígaro qui / Fígaro Iá, / Sonno il factotum / Della città".

Don Mariano José de Larra fue conocido con el seudónimo de **Fígaro**.

Don Modesto de la Fuente usaba el de **Fray Gerundio** (de los Carabancheles, para diferenciarse de otro Fray Gerundio, llamado de Campazas).

El célebre Léo Léspés, redactor de **Du Petit Journal de París**, se firma siempre **Thimothée Trimm**.

En Colombia tenemos: **Abel Karl**, Daniel Montilla (Falleció). **Alberik**. - **Probo**, Salomón Forero. **Aldebaran**. - **Renato**, Soledad Acosta de S. **Alí Kélin**, Adriano Páez. **Alí Tebelin**, Tobías Valenzuela. **Alpha**, Manuel Ancizar. **Anjelo**, Juan Clímaco Arbeláez. **Arezipa**, José María Vergara y Vergara. **Bardo**, José Joaquín Borda. **Beta**, Raimundo Bernal O. **Celta**, José Caicedo Rojas. **Cincinato**, Jesús T. Tejada, **D. R.** y **Caro**, Ricardo Carrasquilla. **Dámiedo**. - **Déidamo**. - **Uriel**, Manuel María Madiedo. **El Tío Santiago**. - **Piquillo**. - **El Sabanero**. - **Saint Amour**, Juan Francisco Ortiz. **Emiro Kastos**, Juan de Dios Restrepo. **Emilio Souvestre**, Medardo Rivas. **Fileno**, Nicolás Pontón. G. **Soroa**, Sergio Arboleda. **Gama**, Manuel María Mallarino. **Jenny**, Waldina Dávila de P. **Juan sin Tierra**. - **Juan de la Mina**, José María Samper. **López de Ayala**, José María Quijano Otero. **Manfredo**, Vicente Nicolao y Sierra. **María**, Mercedes Párraga de Q. (Falleció). **Melasius**, Luis Mesa (anagrama). **Nigreros**, José Joaquín Ortiz. **Oyden**, Celso de la Puente (Falleció). **O-**

4) — Ortiz, o. c., p. 147, 211, 235 y 238.

mega, Miguel Chiari. **P. de P.P.**, José Manuel Marroquín. **Pastor del Valle**, Rómulo Valenzuela. **Pia Rigan**, Agripina Samper de A. (anagrama). **Plauto**, Valerio Rubio. **Rebeca**, Eugenia Cabrera de Borda. **San Jurjo**, Francisco Javier Caro. **Salomé Jil**, José Milla (guatemalteco, anagrama). **Sicambro**, Luis S. de Silvestre. **Tequendama**, Bernardo Torrente (Falleció). **Timon**, Antonio B. Pineda (Falleció). **Timonel y Piloto**, Manuel Herrera Arce. **Tirzo**, Venancio Ortiz.

Para completar este interesante cuadro de incógnitos que figuran en las páginas de nuestras publicaciones literarias, fuimos compelidos por especial del siempre grato y castizo **Saint-Amour**; mas como el tiempo nos urge para entregar a la prensa este número del **Museo**, sólo hemos podido aumentar en muy poco la lista anterior, advirtiendo eso sí, que las omisiones de que adolece no dependen sino de nuestra mala memoria o de la ignorancia en que estamos acerca de su conocimiento. Suplicamos, pues, a los que estén en este caso y quieran darnos sus nombres, que se dirijan a esta imprenta para proseguir más adelante el artículo **Seudónimos**" (5).

Aunque el artículo no aparece firmado, en el Índice de la Revista, página 383, columna 2^a, se atribuye a Saint-Amour. En consecuencia fue el Dr. Juan Francisco Ortiz el primero que, hizo un siglo en mayo de 1971, tomó el tema de los seudónimos colombianos en la revista bogotana dedicada al bello sero, interesante como todas las de aquel último tercio del siglo XIX.

He creído un deber destacar su nombre, ya que, como veremos adelante ni Isidoro Laverde Amaya, ni Gustavo Otero Muñoz, ni Rubén Pérez Ortiz, ni Guillermo Hernández de Alba, prologuista de éste último, mencionan al autor de las **Reminiscencias**.

Permítasenos ahora algunos comentarios.

48 son los seudónimos citados por Ortiz, correspondientes a 41 escritores, 5 de ellos fallecidos y 1, **Salomé Jil**, perteneciente al guatemalteco José Milla.

Tres de los 48 son anagramas (el del citado Milla, **Melasius** (Luis Mesa) y **Pia Regan** (Agripina Samper de A.).

5 corresponden a mujeres y solamente 6 de los 41 autores aparecen utilizando más de uno. Entre ellos, Doña Soledad Acosta de Samper.

He aquí los nombres de los más insignes escritores citados: Manuel Ancízar (1812-1882), José María Vergara y Vergara (1831-1872), José Joaquín Borda (1835-1878), José Caicedo Rojas (1816-1898), Ricardo Carrasquilla (1827-1886), Manuel María Madieto (1815-1888), José Joaquín Ortiz (1814-1892), Juan Francisco Ortiz (1808-1875), Juan de Dios Restrepo (1825-1894), Medardo Rivas (1825-1901), Sergio Arbolada (1822-1888), Manuel María Mallarino (1808-1872), José María Quijano Otero (1836-1883), José Manuel Marroquín (1827-1908), Francisco Javier Caro (1814-1885), Venancio Ortiz (1818-1891), Agripina Samper de Ancízar (1833-1892) y Soledad Acosta de Samper (1833-1913).

5) — *Museo Literario*. Periódico semanal dedicado al bello sexo. Trimestre II. Año 1^o. Bogotá 1^o de mayo de 1871. N^o 18, p. 139-140. Bogotá.

Del párrafo final se puede deducir que la mayor parte de los seudónimos citados fueron recogidos por **Saint-Amour** y que él ordenó a otro de los colaboradores del **Museo Literario** complementar la lista. Tales adiciones, a causa de la urgencia de la aparición de la Revista (Nº 18 del 1º de mayo de 1871), se dejaron para otra oportunidad, la cual, como pasa muchas veces, no llegó, porque no se vuelve a tocar el tema.

La final súplica a quienes utilizaban seudónimos y quisieran hacerlos conocer de los redactores del **Museo Literario**, no sabemos qué aceptación y éxito pudo tener.

Evidentemente faltaban, para aquella época, muchos seudónimos. La iniciativa de recogerlos e investigar sobre ellos, será atendida años adelante por el muy magnífico señor Don Alberto Urdaneta (1845-1887), fundador y director del **Papel Periódico Ilustrado** (1884-1888).

V. - Isidoro Laverde Amaya (1852-1903)

Fue al parecer el segundo en tratar el tema seudonomístico.

Conocida es su figura y sus méritos en el campo de la literatura y de la bibliografía colombiana.

Pues bien: precisamente en su obra **Apuntes sobre Bibliografía Colombiana con muestras en prosa y en verso**, dedica, al final de la primera parte, cuatro páginas a los **Seudónimos Colombianos**, precedidas de la siguiente nota al pie de la página: "Este cuadro ha sido formado en gran parte con los datos del que publicó en "El Monitor" de la ciudad de Caracas el joven colombiano Simón C. Cabrales, y lo hemos complementado a fin de que sirva de guía de los nombres de los autores a los curiosos que quieran hojear las páginas de nuestros numerosos periódicos literarios y políticos" (6).

Un nuevo nombre de investigador de seudónimos proporciona Laverde Amaya: **Simón C. Cabrales**, a quien correspondería el segundo lugar cronológico en esta tarea.

132 es el total de seudónimos rememorados, correspondientes a 114 escritores, 14 de ellos mujeres. Como curiosidad se anota que hay un seudónimo repetido: el de **María**, correspondiente a dos escritoras: Mercedes Párraga de Q. y María Josefa Camacho de M.

Benemérita de la literatura colombiana fue la labor desarrollada en su corta vida por Isidoro Laverde Amaya. Y uno de sus méritos fue el haber incursionado en el tema de los seudónimos, años antes de finalizar la centuria decimonona.

VI. - Alberto Urdaneta

No necesita presentación ante los lectores el nombre y la obra de Alberto Urdaneta, tempranamente desaparecido de la escena literaria. Baste para su gloria, el haber fundado y dirigido por varios años el famoso **Papel Periódico Ilustrado**, una de las más importantes e his-

6) — Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos. Bogotá, 1882, p. 237-240.

tóricas revistas de Colombia y de América en el presente y el pasado siglo.

Con ella dió gloria a su patria y oportunidad a escritores y poetas, y dejó a la posteridad una admirable publicación donde vieron la luz artículos, documentos y retratos de personajes de la nacional e internacional historia.

Gracias a él, a su publicación, tenemos conocimiento de la historia y comienzo de algunos seudónimos colombianos.

No van a ser muchos infortunadamente. Pero sí los suficientes como para iniciar con ellos la historia del seudónimo en Colombia. Además, la calidad de algunos de los personajes que correspondieron a la encuesta de Urdaneta, salva favorablemente el éxito de la misma. Lo cual no quiere decir que no se haya de lamentar que muchos otros no respondieran a la petición del gran publicista. Dos de las respuestas son asaz prolijas. Tales las de **Januario Salgar** y **José Manuel Marroquín**. Las más, breves. Y no faltó, porque no podía faltar tratándose de Colombia y de **Ricardo Carrasquilla**, una respuesta en verso.

Vamos a recordar la idea de Urdaneta y las respuestas que publicó en su revista.

He aquí la introducción a su escrito **Cartas Importantes, Seudónimos**, aparecido en el N^o 73 del 6 de agosto de 1884, del año IV de la publicación del **Papel Periódico Ilustrado**.

“Ha sido costumbre muy general en el país el uso de los seudónimos, y así vemos que escritos muy estimados, ya sean literarios o políticos, corren con un supuesto nombre que oculta el del verdadero autor. Como ya en alguna obra bibliográfica se han publicado algunos de esos seudónimos, y ya antes lo había hecho **La Opinión Nacional** de Caracas, no hemos creído cometer indiscreción al rogar a cargos literatos nos envíen los que hayan usado, y nos cuenten, en secreto aun cuando sea, la razón de haberlos adoptado, para, como nos lo cuentan, contárselo a nuestros lectores.

“Muchas interesantes cartas hemos recibido, y principiamos hoy, con el correspondiente permiso de los interesados, la publicación de ellas, dedicándoles esta sección especial del **Papel Periódico Ilustrado**.

“Varias de nuestras cartas se han extraviado, algunas no han sido aún contestadas, así es que nos permitimos rogar a los señores escritores que hayan usado seudónimo se sirvan enviárnoslo junto con el por qué de haberlo adoptado, si es que para ello ha influido algún motivo especial, para poderlos incluir en esta sección” (7).

Alude evidentemente Urdaneta al referirse a la anterior publicación de seudónimos, al trabajo de Laverde Amaya antes citado. No parece que hubiera conocido, o al menos recordado, el ensayo del Dr. Juan Francisco Ortiz. Desafortunadamente no da más datos sobre el escrito de **La Opinión Nacional** de Caracas.

7) — Imprenta de Silvestre y Compañía. Por Eustacio A. Escovar. Bogotá, pág. 10, columna 1^a.

De lamentar es que se le hubiesen extraviado algunas respuestas, y que, a lo mejor, no hubiese publicado todas cuantas llegaron a su mano.

Y vengamos ya a la historia de algunos seudónimos colombianos.

En la primera contestación, hallamos acertados apuntes sobre el uso del seudónimo.

Januario Salgar (1827-...), escribe, ejempligracia, al principio de su larga respuesta:

“Entre los útiles de escritorio, el que más lo es, es el seudónimo, que proporciona la comodidad de excusarnos de firmar, sin que el escrito quede anónimo, cosa que puede muy bien, y aún mejor suceder, cuando lo firmamos.

“Cuando uno empieza a escribir, el seudónimo es una necesidad de imprescindible satisfacción; y es todavía más necesario, para poder escribir sin empezar, como nos sucede a los que pasamos los años escribiendo sin decir nada, y a los que dicen lo que no merece ser dicho, y mucho menos escrito.

“Aparecer en lo que llaman “la arena tipográfica” dando el nombre, como para autorizar el escrito, o creyendo autorizarse con él, es un reto insoportable al juicio que se ha de formar del escrito y del autor, que manifiesta sentirse muy satisfecho de su escrito, de su nombre, o del nombre y del escrito.

“La crítica no duerme, ni se deja esperar de la petulancia literaria, que si no conduce, irrita. Es muy cuerdo sacarle el cuerpo y ponerle por delante una entidad desconocida, gaseosa, impalpable y que debe presumirse indolente, para quitarle la tentación de envestirle; ese es el seudónimo.

“Escribir bajo un seudónimo es como torear con un muñeco, o como evolucionar en política con personajes del partido opuesto. Si alguien cae es el muñeco, el personaje, el seudónimo.

“Si el escrito no dice nada, que es lo más común, nadie pregunta de quién es el seudónimo; si dice algo bueno, no importa que se divulgue —y tal vez sí importe—; y si dice algo malo o todo malo, no se sabe quién es.

“Para no fatigar, convengamos en que para escribir, y sobre todo para escribir mal, no hay cosa como un seudónimo.

“Yo que me conozco bien, sabía lo que necesitaba.

“Antes de que otro me haga la observación que aquí cabe, la anticipo yo” (8).

Mitad en serio, mitad en broma, Salgar ha estampado algunas verdades en sus afirmaciones. Aunque evidentemente exagera al afirmar que se puede utilizar el seudónimo para escritos malos —en prosa o verso— y que en este caso el nombre falso carga con la culpa y el autor escurre el bulto y queda a salvo.

Mas entonces, para qué y por qué escribir? No sería mejor tener quieta la pluma?

8) — Revista citada, *ibidem*, pág. 10, columna 1ª.

A esta observación se adelanta a responder Don Enero: “No se conocerá usted bien —me dirán— cuando sintió la necesidad de un seudónimo; mejor habría hecho en no meterse a escribir”.

“Y es la verdad. La observación es perfectamente justa y exacta. Pero es el caso que yo ya había resuelto escribir, porque aquí todo el mundo escribe, y tanto, que hay quien escribe no solo lo que le ocurre, sino lo que le ha ocurrido a los demás y lo que ya estaba escrito; con lo cual se demuestra, que es propio de los ingenios pensar las mismas cosas, elaborar los mismos pensamientos. ¡Ay del que no escribe en este país, donde todo se redacta...”.

Se detiene a demostrar cómo todo en la Nueva Granada se redacta: ferrocarriles, caminos, hombres públicos, reputaciones, caridad, verdad, escuelas, justicia y hasta la misma paz. “Que me digan, concluye, si no tuve razón de resolverme a escribir, y como había de hacerlo mal, busqué seudónimo”.

Burla burlando Salgar ha dibujado con algo de acrimonia, un aspecto de la situación literaria de su época, aunque exagere como para afianzar y justificar la historia de su propio seudónimo.

Ya al fin de esta introducción y poco antes de narrar la vida de **Javierito Serna**, asienta lo que a su parecer debe ser el seudónimo: “Debe ser la sombra del nombre; los dos deben parecerse; y así como la sombra se parece al cuerpo que la proyecta, el seudónimo debe llevar aquello que llaman “el aire de familia” con relación al nombre del autor. Así lo busqué yo” (9).

Se explaya en seguida en dibujar la figura de **Javierito Serna**. Y a fe que lo hace con gracia e interés. Y concluye así: “Javierito Serna murió, estuvo en cámara ardiente, no por ser libre pensador, sino por no haber pensado, ni libremente ni de otra manera; sobre todo por ser pobre. Sus restos son los que en esta carta se contienen.

Si no dejó lo que llaman **bienes de fortuna** —como si los hubiera de **infortunio**— ¡cosa extraña! dejó un heredero, que está tan alhajado como él. Ese soy yo. Me dejó su carácter, su nombre, cuyas iniciales son las del mío; mucho de su continente, o sea “aire de familia”; y con todo eso, una plaza de **oidor** en el Ateneo, puesto que desempeñaré sin gran lucimiento, pero también sin trabajo, porque todavía no soy sordo.

Queda usted satisfecho del personaje? Aquella perra de Marroquín “que ni era perra ni era nada”, corrió tras de un jabalí; Javierito Serna no habría sido capaz de tanto, y menos aún su afectísimo servidor, Enero Salgar” (10).

Marroquín es otro que se extiende prolijamente en contar la historia de sus seudónimos.

“He recibido, escribe al redactor del **Papel Periódico Ilustrado**, la apreciable carta en que usted me suplica le envíe el seudónimo o seudónimos que haya usado en mis escritos, con el por qué de haberlo

9) — *Ibidem*, columna 2ª.

10) — *Ibidem*, pág. 11, columna 2ª.

o haberlos adoptado, y mi permiso para incluirlo en la lista de seudónimos colombianos que se propone publicar.

La historia del único seudónimo de que he usado es tan breve, tan baladí, tan trivial y tan escasa de interés, que no merece ser publicada ni aún referida; pero me animan a escribirla el vivo deseo que siempre abrigo de complacer a usted, y la consideración de que una historia de seudónimos siempre ha de ser bastante menos interesante que la de la revolución de Francia”.

Se refiere en seguida a la conocida publicación colombiana **El Mosaico** y a sus iniciadores principales (Vergara y Vergara, Carrasquilla, Borda, Guarín y él mismo), y añade: “Como iba diciendo, había llegado el 1º de enero de 1859. Faltaban materiales para el número que había de salir, si no **en esa fecha con esa fecha**, y yo estaba comprometido a dar un artículo. Tenía en parte compuesto uno titulado **¡Mis aguinaldos! Llévelo al Herraaje garantizado**, y, sobre una tabla colocada encima de las cajas, me puse a concluirlo. Terminado que lo hube, me ocurrió que debía estampar algo en el lugar de la firma. Era cosa resuelta que no había de poner la mía para no singularizarme entre los redactores, todos los cuales tenían ya escogido o pensaban escoger seudónimo para lo que escribieran en prosa. Yo estaba perplejo, se hacía tarde y los cajistas apuraban. En esta emergencia, pedí consejo a Ricardo Carrasquilla, y él me dijo: “Pón cualquier cosa. Pón **Pero Pérez de Perales**”. Así, lo hice; salí del paso y quedé bautizado. Pero Pérez de Perales, o P. P. de P., para servir a usted, señor redactor” (11).

Gracioso relato, muy de Marroquín. Mas no podía olvidar que había utilizado otro seudónimo, un si es no es copiado y parecido al del escritor español Mesonero Romanos: “Siendo yo entonces gran admirador de Don Antonio Mesonero Romanos, quise imitarlo, y escribí para uno de los primeros números de **La Revolución** un artículo de costumbres que titulé **La muerte en casa**. Y como el seudónimo de Mesonero era **El Curioso Parlante**, quise imitar o parodiar hasta el seudónimo, y escribí al pie del artículo: **El Parlanchín Entrometido**.

Cómo pude incurrir en pecado tan nefando contra el buen gusto, es cosa que hoy no acierto a explicar. Tan pésimamente me suena, que aunque doy a usted, señor redactor, el permiso que solicita para publicar el seudónimo o seudónimos que yo haya usado, me atrevo a suplicarle que, en cuanto a éste de que le ha hablado en segundo lugar, no haga uso de tal permiso” (12).

Relata los finales del periódico **La Revolución** y concluye con su firma: **P. P. de P.**, alias **J. Manuel Marroquín**.

Gracioso e interesante relato también, el del autor de **La Perilla**.

Salvador Camacho Roldán (1827-1900) responde brevemente a Urdaneta: “Solo una vez recuerdo haber usado el seudónimo en un escrito mío, y fue en una carta sobre “Viaje a la Mesa”, escrita a José

11) — Ibidem, pág. 22, columna 1ª.

12) — Ibidem, pág. 22, columna 2ª.

María Samper, en septiembre de 1864, publicada en **La Opinión**. El seudónimo era "Tamaria", nombre de un hato o **fundación** que poseía mi padre en Casanare, y en donde pasé la mayor parte de los cuatro primeros años de mi vida. Por lo demás no he acostumbrado firmar nada de lo que he solido dar a la prensa, excepto cuando alguna publicación podía aparejarme responsabilidad personal" (13).

De igual manera lo verifican José Caicedo Rojas, Sergio Arboleda, Manuel María Madiedo, Soledad Acosta de Samper y Adriano Páez (1844-1890). Leamos sus respuestas:

"El seudónimo que he usado con más frecuencia, hace mucho tiempo, es el de "Celta", que he puesto al pie de aquellos articulillos de poca monta, o de ninguna responsabilidad, principalmente en versitos y otras majaderías del momento.

He usado también en dos o tres ocasiones el de "Yasilpa", que, si no es nombre indígena, fue por lo menos usado por Luis Vargas Tejada, dándole a una de las heroínas de sus tragedias, no recuerdo cuál.

Quizá he usado ocasionalmente alguno que otro que no recuerdo.

Como usted desea saber el por qué de haberlos adoptado, le diré, contrayéndome a "Celta", que lo tomé por un puro capricho. Usted sabe que la palabra latina "Celte" significa buril para grabar o esculpir en piedra. Sin pretender grabar ni en mármoles ni en bronces mis pobres escritos, me gustó la palabrita, y por mi cuenta y riesgo y sin las licencias necesarias, la castellanice volviéndola "Celta", seguro de la impunidad, a lo menos en esta mi tierra y suya.

Esta es la corta, pero verídica historia del inocente disfraz que ha usado quien es de usted, a cara descubierta y sin velos ni sombras, afectísimo amigo, **José Caicedo R.**".

Sergio Arboleda responde diciendo que hacia 1858 usó una o más veces el seudónimo **Liberio Publicola** y años adelante, del 69 al 72 el de **G. de Seroa** "aprovechándome de la circunstancia de que Gabriel de Seroa es anagrama de Sergio Arboleda; no quise en ese tiempo poner mi nombre al pie de mis escritos, porque durante la guerra precedente, nuestros adversarios políticos habían logrado apasionar a los liberales contra mí, y juzgué, por lo mismo, que no leerían, o leerían con ánimo prevenido cuanto saliera de mi pluma, y me pareció que el apellido **Seroa**, raro, y tal vez no usado por ninguna familia en Colombia, haría creer, como sucedió en efecto, que el escritor que lo usaba no era colombiano, sino peruano o argentino. . .".

Manuel María Madiedo escribe: "Efímeramente he usado el seudónimo de **Dademio** —inventado por mi discípulo Germán G. de Piñerez— Damiedo y Deidamo, todos anagramas de mi apellido; pero el seudónimo de mi verdadera predilección ha sido y es **Uriel**, que significa: "Dios es mi fuerza". Y sí he tenido un motivo especial para esa elección, porque en lucha tenaz con un constante y cruel infortunio, solo en el valor de esa palabra he podido hallar el esfuerzo necesario para no sucumbir, más de una vez, injusta y miserablemente. . .".

13) — Ibidem, pág. 11, columna 2ª.

Doña Soledad Acosta de Samper informa así a Urdaneta: “He aquí algunos de los seudónimos de que se ha servido mi esposo, el señor Don José María Samper, pero no puedo decir a usted los motivos que tuvo para adoptarlos: **Jeremías Páramo - P. S. - Plutarco - Kornicoff - Juan de la Mina.**

Yo he usado los siguientes: **S.A.S. - Andina - Aldebarán - Bertilda - Renato - Orión**, sin que en ello influyera otro motivo que la natural desconfianza de echar a luz mi nombre.

Bertilda, que no gusta de que el suyo sea conocido fuera del círculo de sus amigas, no quiso en un principio dar nada a la prensa sin un seudónimo, y firmóse **Berenice, B. S. y M. J. B.**”.

Mucha gracia debió hacer a Urdaneta la triple respuesta de la insigne escritora.

Adriano Páez dice a Urdaneta que ha usado el seudónimo **Ali Keim** “por timidez y para ocultar el nombre verdadero del autor de varias producciones literarias que daba a la luz **La Juventud**, periódico que publiqué en El Socorro (Estado de Santander). He usado y aún uso otros seudónimos poco conocidos”.

Y **Don Felipe Pérez** (1836-1891), afirma en su respuesta que “nunca ha usado de seudónimo, ya que siempre he escrito para la prensa política y literaria sin firmar mis escritos, salvo en muy pocos casos y por razones de ocasión” (14).

No faltó la respuesta en verso, debida a la pluma de **Ricardo Carrasquilla**:

Preguntas, querido Alberto,
los seudónimos que he usado;
y si tuve algún motivo
especial para adoptarlos.
En un tiempo firmé **Rómulo**;
poco después **D. R. y Caro**,
que es, como habrás advertido
anagrama de Ricardo.
Detesto con toda el alma
estos dos graves pecados
cometidos por seguir
la moda de los románticos;
y te prometo que nunca
firmaré con nombre falso,
sino con mi propio nombre
y apellido. **D. R. y Caro** (15).

En resumen: en las respuestas citadas son varios los motivos alegados por los autores: aire de familia (Salgar), geográfico (Camacho Roldán), moda (Carrasquilla), consejo (Marroquín), indigenista (Cacedo), religioso (Madiedo), timidez (Páez).

14) — Ibidem, pág. 23, columna 2ª.

15) — Ibidem, pág. 11, columna 2ª.

Evidentemente inconclusa quedó la labor iniciada por Urdaneta con las esquelas inquisitorias que en mayo de 1881 enviara a no pocos literatos colombianos con la finalidad de conocer y dar a la publicidad los seudónimos por ellos utilizados. Y es lástima que así fuera, porque de haber respondido muchos a la encuesta, tendríamos una muy completa historia del seudónimo en Colombia.

El Instituto Caro y Cuervo que patrocinó las publicaciones de Otero Muñoz y Pérez Ortiz sobre el seudónimo, debería propiciar una nueva y extensa publicación sobre tema tan interesante, con lo cual haría un grande y excelente servicio a las letras nacionales.

VII. - Gustavo Otero Muñoz ((1894-1957))

Tampoco es desconocida en nuestras letras e historia la persona y obra de Gustavo Otero Muñoz. Investigador e historiador, sobre todo de nuestra literatura, sus obras son clásicas y de permanente actualidad.

Fue así mismo notable biógrafo de Wilches y de Núñez.

En cuanto al tema que tratamos, dejó entre sus papeles un buen trabajo sobre seudónimos, lo más completo que hasta 1957 se había publicado. Vió la luz en "Thesaurus", Boletín del Instituto Caro y Cuervo, tomo XIII (1958). Talleres de la Editorial Voluntad. Bogotá, D. E., págs. 112-131, precedido de una Nota de la Redacción al pie de la página, en la que se elogia la labor del autor y se da cuenta del trabajo que se publica. Finalmente se anuncia un trabajo extenso sobre seudónimos colombianos, adelantado de años atrás por el Dr. Rubén Pérez Ortiz y que en 1958 registraba "tres mil seudónimos".

626 más o menos son los que aporta Otero Muñoz. No faltan algunos repetidos. Tales **Esmeralda** (Teresa Arrubla de Codazzi y Esther Silva de Camargo), **Fíguro** (Luis Alfredo Otero y Fidel Cano), **Gamma** (Francisco A. Magaña y Manuel María Mallarino), **Higinio Pedraza** (Luis E. Nieto Caballero y Alberto Vélez Calvo), **Ignotus** (Enrique Cortés y Jesús María Yepes), **Jorge Bálamo** (José María Samper y Eduardo Castro López), **Omega** (Miguel Chari y Ramón J. Cardona), **Plauto** (Valerio Rubio y Enrique W. Fernández), **René** (Juan Antonio Zuleta y Jaime Quintero), **Rob Roy** (Luis E. Nieto Caballero y Pedro Nel Ospina), **Simplicio** (Eduardo Arias Correa y Pedro Calderón D.).

Un solo seudónimo cobija varias veces a dos escritores, como queda anotado. Los escritores son más de 550 y las escritoras 38.

El seudónimo más antiguo citado por Otero Muñoz es el que corresponde al agustino prócer de la independencia Fr. Diego Padilla, que se ocultó bajo el nombre de **Tomás Montalbán y Fonesca**.

Anteriores a él solo hay dos, como se dirá adelante: Fr. Bruno de Solís y Valenzuela (1616-...) y José Martín París (1746-1816).

El trabajo del Doctor Otero Muñoz fue reproducido dos años después en el **Boletín Cultural y Bibliográfico** del Banco de la República, vol. III, N° 2 (febrero de 1960), págs. 123-137.

VIII. - Rubén Pérez Ortiz

Y llegamos a la gran obra del Dr. Rubén Pérez Ortiz sobre seudónimos colombianos.

En 1961 la Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, publicó el libro "**Seudónimos Colombianos**", como Volumen II de sus publicaciones en la Serie Bibliográfica.

Trata él tan sabroso tema hasta el año de 1960, anterior a la edición de la obra. Y recoge todo o casi todo, cuanto hasta la fecha se había publicado.

Prologuista de este completo ensayo fue el Doctor Guillermo Hernández de Alba.

Después de exaltar la obra realizada por el Instituto Caro y Cuervo, orgullo de Colombia, de América y del mundo, se refiere brevemente a la historia del seudónimo en Colombia, donde aparece "con la iniciación del periodismo por Don Manuel del Socorro Rodríguez (1791); se hacen abundantes en la segunda mitad del siglo XIX y proliferan durante las tres primeras décadas del presente".

Alaba la laboriosidad del autor y se refiere a sus antecesores en esta tarea: "Dos ensayos colombianos de este género preceden, escribe, tan paciente recopilación: intentado el primero por Don José Caicedo Rojas, en las páginas memorables del **Papel Periódico Ilustrado**, en encuesta reducida a sus amigos, y el otro, de mayor aliento, debido a otro tenaz obrero de las letras colombianas Gustavo Otero Muñoz, cuyas varias empresas fueron tan útiles a la historia de la literatura nacional. Ninguno aventaja, pues, al presente trabajo, ni nada semejante se había intentado en el país" (16).

El Doctor Hernández de Alba no menciona el seudónimo más antiguo, el del P. Fr. Bruno Solís de Valenzuela. Y omite los ensayos de Juan Francisco Ortiz e Isidoro Laverde Amaya antes recordados. Al referirse al de 1884 lo atribuye a Caicedo Rojas, siendo así que 7 de las 10 respuestas se dirigen a Urdaneta y 2 al **Redactor del Papel Periódico** y 1 aparece sin dirección. De lo cual es necesario deducir que fue Urdaneta el que ideó y realizó la encuesta. Además, en el **Índice del Papel Periódico** se atribuye al director de éste el artículo **Seudónimos**, y a Caicedo Rojas solamente la respuesta que envió.

En la **Introducción**, Pérez Ortiz se refiere a su trabajo, al que denomina "contribución a un diccionario de seudónimos colombianos que algún investigador de nuestras letras deberá elaborar en lo futuro. La compilación de la presente lista la hemos hecho en el transcurso de veinticinco años de permanente contacto con libros y hombres de estudio, con la intención de ayudar a los investigadores en nuestro carácter de bibliotecario y bibliógrafo y sin el propósito de hacer un trabajo sistemático para publicar".

Más adelante especifica el método seguido: "Incluimos aquí seudónimos de escritores colombianos en general, sin limitación selectiva o cronológica. Si en la identificación de un seudónimo el investigador siempre está expuesto a cometer errores, especialmente cuando un mismo seudónimo ha sido empleado en la misma época por dos o más autores, con mayor razón estamos expuestos a equivocarnos los compiladores cuando se trata, no ya de identificar solamente un seudónimo de

16) — Bogotá, 1961, pág. XI y XII.

un autor determinado, sino de varios miles. Hasta donde humanamente nos fue posible, identificamos todos los seudónimos aquí recogidos. Las fuentes utilizadas fueron miles de libros y de publicaciones periódicas, y las pocas listas o ensayos que sobre la materia existen. También hemos aprovechado la información dada por muchos amigos que se interesaron en nuestra compilación. Buena cantidad de seudónimos de escritores vivos nos fue suministrada por los autores mismos, otros por personas muy allegadas a ellos. Confiamos en no haber pecado por indiscretos: cuando algún autor nos solicitó no incluir su seudónimo, gustosamente cumplimos sus deseos.

El uso de iniciales por algunos autores para firmar sus escritos se convierte con el tiempo en un problema de identificación. Por tal motivo incluimos no sólo iniciales falsas o en orden alterado que constituyen verdaderos seudónimos, sino algunas que efectivamente corresponden en su orden a los nombres y apellidos de los autores" (17).

Añade ya al final que "las obras consultadas son tan variadas y numerosas que nos sería imposible citar siquiera una parte de ellas. No obstante, al final del libro damos una corta bibliografía de los trabajos que podemos considerar como antecedentes de la compilación de los seudónimos colombianos".

Creemos, con todo, que el autor ha debido proporcionar una más completa bibliografía sobre el tema. Y que, aún a riesgo de extender un poco más los límites de su obra, debería haberse extremado en este aspecto y ofrecido al lector curioso o interesado en el tema, mayor abundancia bibliográfica.

17) — No estamos de acuerdo con el recopilador en cuanto a las iniciales como valederas en el sentido de *seudónimos*. La definición y sustancia de este vocablo no otorga autoridad para clasificarlas como tales. Porque, a mi entender, iniciales verdaderas o falsas no hacen o constituyen nombre verdadero o falso, sino solamente falsas o verdaderas iniciales. Además, como suele ocurrir, no son imposibles de descifrar en su tiempo y en su época, para personas más o menos eruditas y enteradas de los escritos y colaboraciones de los *inicialistas*. Otra cosa es que el uso las haya aceptado como seudónimos. Pero sería necesario que la Academia extendiese el significado de *seudónimo* también a las iniciales y a los signos. Así unas y otros quedarían canonizados y aceptados con todas las de la ley. Consignamos, finalmente, 5 seudónimos que no se encuentran en la obra de Pérez Ortiz. Se refieren a universitarios antioqueños, colaboradores de *La Palestra*, periódico literario y científico, órgano de la juventud. El 16 de marzo de 1872 empieza a editarse en la ciudad de Medellín este hebdomanario. Cinco de sus permanentes colaboradores van a utilizar seudónimo. Fueron ellos: Arango Marcelino, con el seudónimo de *Dolmar*. Gartner Carlos, con el seudónimo de *Laymor*. Juana Quevedo, con el seudónimo de *Ondina*. Restrepo José Domingo, con el seudónimo de *León de Lara*. Robledo Julio, con el seudónimo de *Odelbor*. Un año después de la publicación de la primera lista de seudónimos por Saint-Amour en *El Museo Literario*, aparecen en Medellín estos seudónimos, seguramente de los primeros allí utilizados por los escritores. El único antioqueño mencionado en la lista de Juan Francisco Ortiz es Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos). (Cfr. Emilio Robledo: *La Universidad de Antioquia*. Medellín, Imprenta Oficial, 1923, pág. 236).

Pero vengamos ya al meollo de la obra.

Se citan en ella 946 autores, de ellos 73 mujeres y 33 eclesiásticos y un total de 1641 seudónimos, incluidos los signos y letras iniciales (2 los primeros y unas 105 las segundas).

El más largo y antiguo de los seudónimos colombianos, es, como se dijo atrás, el correspondiente al P. Fr. Bruno Solís de Venezuela: **Un sacerdote natural de la muy noble y leal ciudad de Santa Fe de Bogetá, cuyo nombre va en las mismas...** Parece casi un acertijo, y no descide ciertamente de los largos títulos utilizados en las centurias XVII y XVIII.

Seguirán a él en antigüedad los de José Martín París (**J.M.P.**), José Luis Azuola y Lozano, Pbro. (1754-1826: **J.L.A. y L.**), Fr. Diego Padilla (**Tomás Montalbán y Fonseca**), Manuel del Socorro Rodríguez (1758-1819, 4 en total), Antonio Nariño (1765-1823: **Enrique de Somoyar**), Francisco A. Zea (1766-1822, 3 en total), José Antonio Torres y Peña, Pbro. (1767-1820: **J.A.T.P.**), Francisco José de Caldas (1768-1816: **F.J.C.**), Mariano del Campo Larraondo, Pbro. (1772-1860: **Fabio Pública**), José María Grueso, Pbro. (1778-1835: **Zacarías Geussor**), Félix Merizalde (1787-1868: **Miserator**), Francisco de P. Santander (1792-1840: 4 en total), Juan Manuel García de Tejada (1774-1845: **El Duende Taquígrafo**) y Juan García del Río (1794-1856: **Ricardo Gual y Jaén**). Posteriores nombres ilustres aparecen, pertenecientes a la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX.

No pocos seudónimos aparecen repetidos: Alazor, Alfa, Alirio del Valle, Antíoco, Ariel, Arturo, Aurelio y Aurora Grintor, para no citar sino los correspondientes a la letra A. Y a las veces uno solo acoge a dos escritores, por ejemplo, B y B. (José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez).

Sobra decir, que el catálogo de Saint-Amour fue el más corto. Pero le cabe la gloria de haber sido el primero en ocuparse del tema y quizá de interesar a otros. Porque 11 años después se publica el de Laverde Amaya, más completo, aunque no aparezcan en su lista los seudónimos **Tío Santiago** (uno de los de Juan Francisco Ortiz), **Manfredo** (Vicente Nicolao y Guerra) y **Nigreros** (José Joaquín Ortiz).

En cambio Saint-Amour copia mal el de Marroquín (**P. de P. P.** en vez de **P. P. de P.**).

En la obra de Pérez Ortiz faltan los seudónimos **Manfredo**, **Nigreros** y **Oyden** (Celso de la Puente), aducidos por Saint-Amour.

Otros seudónimos con los que se puede adicionar dicha obra son: **Seminarista** (Ignacio Gutiérrez Ponce: 1850-1942) y **Z. de R.** (Diego Rafael de Guzmán: 1848-1920).

Valdría la pena complementar la obra de Pérez Ortiz con los nuevos seudónimos que han surgido en el periodismo y en las letras en los años 1961-1970.

Y nada más sobre el tema. Pretendimos, al abordarlo, glosar la obra publicada por el **Instituto Caro y Cuervo** e historiar, en parte al menos el uso del seudónimo en Colombia. Esperamos haber prestado con ello un servicio, aunque mínimo, a la bibliografía colombiana.